

ANALISIS SOCIOLOGICO*

Alejandro Reyes

La Solidaridad Social, la Conciencia Política.

Esta historia proviene de El Pato, región prodigiosa por la naturaleza y sus gentes, pero azotada, como por plagas bíblicas, por invasiones recurrentes del ejército colombiano, cuando necesita triunfos sobre la subversión. Podría corresponder, con pequeños cambios sin importancia, a Villarica, Marquetalia, Ariari, Caquetá, Magdalena Medio, Urabá o Cauca.

Buscando las posibles causas que explicaran sociológicamente la agresión desatada con los bombardeos de septiembre de este año se llega a la misma conclusión que los colonos: los atacaron por ser colonos de El Pato!.

Examinemos un poco la situación. En primer lugar, todo indica que la distribución de la propiedad rural es equitativa, con fincas de 50 a 100 hectáreas en promedio e intercambio de trabajo por falta de jornaleros, No parece haber, por tanto, un proceso de diferenciación campesina que esté ocasionando rupturas del tejido social, ni enfrentamientos armados entre los vecinos de El Pato.

* Este trabajo fue presentado al Simposio sobre economías rurales del II Congreso Nacional de Antropología. Departamento de Antropología, U. de Antioquia, Medellín, Octubre 7 al 11 de 1980.

No parece ser tampoco una tierra objeto de presiones latifundistas a corto plazo. No existe, de otra parte, inmigración masiva a la región cuya desorganización social pudiera explicar los bombardeos y la invasión de las tropas como un medio de control.

Hay uniformidad política entre los habitantes de El Pato, muchos de ellos están vinculados entre sí por parentesco y la paz permanece inalterada en la región. Son otras características las que distinguen a los colonos de El Pato. En primer lugar, provienen, exilados por la violencia, de regiones donde se extendió la influencia de la alianza comunista-liberal. Regiones en las cuales la violencia oficial de los chulavitas obligó a la población campesina a organizarse buscando protección de las guerrillas y creando con ellas y entre sí fuertes lazos de solidaridad. Eso explica la vigorosa organización comunista de los habitantes de El Pato, centrada alrededor de las tres juntas de acción comunal, que se ocupan desde problemas conyugales, hasta de la adjudicación de terrenos a los nuevos inmigrantes.

El Pato tiene dos cooperativas que sí funcionan, a las que se vincula la mayoría de las familias. Mercadea sus productos e importa víveres baratos: "Así nos recargamos en nosotros mismos y nos defendemos", dice un colono al informar sobre el tema. La cooperativa tiene 30 mulas, que presencian impasibles las requisas que las tropas efectúan en la remesa de la comunidad. La existencia de la cooperativa como un servicio real puede ayudar a explicar por qué no se observan señales de diferenciación y descomposición del campesinado de El Pato, procesos que en otras regiones se expresa en el intercambio desventajoso con los comerciantes.

La cooperativa y la acción comunal son las dos instituciones desarrolladas por la comunidad para atender las necesidades colectivas. No hay antagonismos sino especialización entre unas y otras, en el caso de El Pato.

En El Pato no hay autoridades políticas (e irónicamente ésta es una queja del mismo gobierno, a quien compete instituir las) y en cambio la sociedad civil, o el pueblo, ejerce discreta y ejemplarmente formas de autogobierno que solucionan todos los problemas referidos al orden.

El contraste que existe entre las comunidades como El Pato y las restantes regiones de colonización es la clave que explica la hostilidad oficial contra las primeras. Son comunidades relativamente organizadas por haber padecido la violencia anterior y el despojo de sus tierras. Tienen una clara conciencia de las condiciones de opresión que vive el resto de la sociedad campesina, y en consecuencia sus pobladores crean instituciones de cooperación, y evitan hasta donde es posible, la penetración de prácticas y formas económicas que impliquen la explotación de unos vecinos por otros. Ideológicamente son comunidades a las que les resulta difícil creer en la retórica oficial del gobierno y los partidos políticos. Se sienten más cercanas a las ideas críticas de la oposición, que en el área se expresa en la UNO (Unión Nacional de Oposición).

Sus habitantes no piden nada al gobierno, excepto que la tropa no entre y los atropelle. Como no creen en los políticos, no votan. Las guerrillas —las gentes del monte—, ocasionalmente pasan por la región. No molestan al campesinado, según coinciden testimonios desprevenidos de los colonos. Si piden alimento se los proporcionan, igual que lo hacen a la tropa. En síntesis, son comunidades pacíficas, con experiencias dolorosas de las violencias anteriores y, para colmo de sus males, por eso mismo son fácilmente presentables como colaboradores de las guerrillas.

Es necesario distinguir dos problemas: uno es la deliberada confusión de identidad que se comete con los colonos, al atribuirles el carácter de colaboradores de la guerrilla. Esta situación expresa la imposibilidad del sistema político para asimilar comunidades que no sean clientes del Estado y los partidos y que no comulguen ideológicamente con la doctrina oficial.

Otro problema, que permite formular un cuestionamiento de fondo a la acción del Estado, es el trato mismo que se da a la población desarmada campesina, independientemente de si sus miembros simpatizan o no con la guerrilla, o si sus ideas políticas son diferentes a las consagradas oficialmente. Al centrarse en este problema resulta indiferente, para el análisis, si los campesinos colaboran con alimentos ocasionales con la guerrilla o nó.

En primer lugar, situémonos en el terreno de los hechos. Qué opción tiene un campesino aislado al que visitan 30 o 40

guerrilleros armados y le piden comida o techo momentáneo? El campesino carece de libertad para negarse igual que le sucede frente al ejército en iguales condiciones. Ahora, es cosa distinta si el campesino siente que los guerrilleros interpretan mejor su problemática, y que además su propia organización social es más compatible con ideas igualitarias que con las de libre empresa y competencia que distingue al sistema dominante. El ciudadano, según proclama el régimen liberal, es libre de opinar sobre la organización de la sociedad.

De otra parte, el ejército no ha podido probar, en los últimos siete años que lleva el último período de asentamiento de El Pato, ni un solo acto positivo de colaboración entre los campesinos y la guerrilla. El trato hostil se da indiscriminadamente contra todos los habitantes de la región. No queda otra explicación plausible, entonces, que suponer que las hostilidades se deben a las simpatías políticas y a la organización social de los campesinos, que el ejército considera intolerables en la práctica, aunque verbalmente acepte defender el ideario liberal y respetar los derechos ciudadanos.

Los testimonios presentados en este estudio prueban concluyentemente que en el país se persigue sistemáticamente a las comunidades campesinas no subordinadas ideológicamente a los dictados oficiales.

Establecido el hecho básico, pueden buscarse otras razones que podrían explicar adicionalmente la actitud hostil del Estado contra los colonos de El Pato. Las agresiones contra la población civil pueden obedecer a razones de estrategia militar contraguerrillera. Puede aducirse que hostilizar a la población campesina que vive cerca a las zonas dominadas por la guerrilla es un medio para vacunar a esta población contra la influencia ideológica de la misma, o para intimidarla, y por tanto para aislar a esta última del campesinado. Resulta paradójico reconocer que este tipo de cálculos ha inspirado la militarización de áreas campesinas e indígenas del país. El efecto psicosocial es, obviamente, el contrario, como se demuestra en la región de El Pato. A pesar de haber padecido todo el arsenal de tácticas de intimidación de que dispone la experiencia militar del país, los pobladores de El Pato son capaces de atravesar el cerco militar, pasando frente a las ametralladoras, para presentarse en masa a la gobernación a exigir que se respete su vida y que se retire el ejército, como condición para

regresar a sus hogares. Declaran igualmente que nunca han recibido maltratos por parte de los guerrilleros, testimonio que irrita profundamente al ejército.

Coyunturalmente aparece otra razón, esta vez de carácter político, que podría explicar las últimas agresiones. Los habitantes de El Pato dicen que desde comienzos de este año supieron que se preparaba una nueva ofensiva militar y así lo denunciaron oportunamente al gobierno.

Esta preparación previa no era una coincidencia. Se hacía igual cosa en el Magdalena Medio, en Urabá y otras partes del Caquetá. Si se repasa un poco la historia de la violencia en el país se descubre que se empleó una estrategia semejante en los casos de las dos leyes de amnistía anteriores, la de Rojas Pinilla y Alberto Lleras Camargo (1). El objetivo que se busca al hostilizar a los campesinos es colocar en dificultades a los guerrilleros para obligarlos a aceptar la amnistía.

En cierto sentido se trata de una estrategia similar a la empleada por los nazis contra las poblaciones ocupadas. En esos casos se pretendía forzar a los guerrilleros de la resistencia a entregarse mediante el chantaje de asesinar un número determinado de habitantes del poblado o de tomar represalias contra estos. Se buscaba intimidar con el fin de romper el apoyo de la población a los miembros de la resistencia.

En el caso de las zonas militarizadas, el objeto es intimidar a los campesinos para que estos se vuelvan colaboradores del ejército, informantes, espías. Se pide a los campesinos que violen la única ley vigente en la región, que establece y vigila la misma guerrilla, y que contempla la pena de muerte para los delatores.

Es absurdo exigir a los colonos un comportamiento heroico y suicida para que estos hagan el trabajo que corresponde a las fuerzas armadas. Como dijo uno de los colonos: "Pero entonces ellos (el ejército) organizaron la defensa civil para mandar a los padres de familia a enfrentarse con las guerrillas. Inclusive les repartieron por ahí unas escopetas de cápsulas.

(1) Ver Controversia No. 86-87, Amnistía y Violencia, Alfredo Molano, Cinep, Bogotá 1980.

Pero si el ejército no puede con esa gente, el ejército que es disciplinado, qué va uno a poder enfrentarseles con auto-defensa. Era una pura carnada para joderlo a uno" (p. 17).

La farsa, sin embargo, ha ido mucho más lejos. Los colonos de El Pato testifican, como lo han hecho campesinos en Caquetá, Magdalena Medio y Urabá, que les llegan las tropas disfrazados con emblemas de las guerrillas y piden colaboración al campesino: "compañeros que venimos trozados del hambre, que venimos jodidos de sed, venimos a que nos apoyen". Aun cuando los campesinos sospecharan de la identidad de los visitantes, la respuesta obvia ante gente armada no es otra que la de proporcionar la ayuda requerida. Sin embargo, pocos días después vuelve el ejército acusando a la familia de colaborar con la guerrilla, cosa que no se puede negar. Otra variante de esta táctica es la de llegar presentándose como guerrillas pero, a diferencia de estas, maltratar y humillar al campesino, ordenándole preparar comida y robándole dinero, joyas o herramientas. Esta variante tiene por objeto desprestigiar a la guerrilla a los ojos del campesino, cosa que difícilmente consiguen, toda vez que una de las normas de la primera es el respeto absoluto a la persona y bienes del campesino.

Los campesinos, el ejército y las guerrillas. Percepciones mutuas.

Tal vez el reclamo más insistente de los campesinos es que no se los confunda deliberadamente como colaboradores de la guerrilla. Por una parte, no cabe la menor duda, al tenor de los testimonios, que la constelación de valores más preciados de los pobladores gira en torno de la tierra y su cultivo. Son campesinos que sienten amable la vida. Gozan la soledad y protegen su convivencia de toda perturbación interna. Cuando se pregunta a Sofía Espinosa para dónde se iría cuando la soltaran responde sin vacilar: "Pues para El Pato, yo voy a buscar mi parcela porque allá es donde tengo lo de comer" (p. 2).

Los valores de los campesinos les hace "muy difícil aceptar el hecho de que sea el pueblo de Neiva el que contribuya a su sostenimiento. "Aquí estamos explotando a los demás para que nos mantengan. Eso está mal", dice Sofía Espinosa. Se muestra así su concepción ética sobre el trabajo.

En otra ocasión, refiriéndose a los animales y cultivos robados por las tropas, exclama: "Además yo me estoy volviendo vieja para que otros traguen". Se completó así el precepto ético: rechaza de igual modo el robo de sus posesiones y las contribuciones de los demás. Cuando en una escena bastante irónica, el señor secretario privado del Presidente Turbay pronunció un discurso ante los colonos para entregar regalos enviados por la señora de Turbay, en medio del sol hirviendo de las 12 M., el dirigente máximo de los colonos expresó con suficiente sutileza los sentimientos comunes.

"Se va a recibir los regalos que va a repartir el doctor Félix Trujillo. Va a leer un mensaje de Nidia de Turbay. Entonces compañeros hagamos orden, lo más que se pueda, con el fin de evitar la insolada que vamos a tener *porque este es el momento más caliente del día*. Le damos las gracias al doctor Trujillo *porque nosotros no rechazamos la ayuda venga de donde viniere*" (p. 34) (Subrayado mío).

Para evitar que le roben, Sofía y muchos otros vecinos restringen las siembras. "Pero uno no siembra mucho porque para qué. Yo me digo: yo no siembro para que ellos jarten. Porque es preciso, cuando todo está bonito, entonces llegan. No señor, no, no, no. Solo siembro como para nosotros, puro para nosotros", exclama con voz enérgica doña Sofía.

Los campesinos de El Pato tienen plena conciencia de clase. Más aún, uno de ellos sintetizó, como no lo hubieran hecho mejor los fisiócratas, la función social del campesino: "Si nosotros no trabajamos, quién come?. Somos tontos, pero tenemos el pleno conocimiento que si no hay campesino no hay pueblo que se mueva, no hay comercio que se mueva. ¿Qué hace una ciudad si no hay campesinos?."

En defensa de su identidad

Para el gobierno, pero muy especialmente para el ejército, los campesinos de El Pato son auxiliadores de la guerrilla. Los colonos saben de sobra que en realidad el gobierno necesita presentarlo de esta manera para justificar la represión ante la opinión pública y que, en el fondo, le importa muy poco si en efecto lo son o no.

“La tropa va y como no encuentra a los muchachos (guerrilleros) entonces les da rabia y la coge con uno; como no los encuentra pero no tienen con quién descargarse sino con uno, con el pagano...” (p. 9).

La realidad contrasta radicalmente con las explicaciones oficiales. Es muy difícil saber si los campesinos son auxiliares de la guerrilla. En primer lugar, deben situarse las cosas en su justa proporción. Una tropa guerrillera de 300 o 400 hombres no puede depender para sus abastecimientos de los cultivos campesinos. Cualquier guerrilla debe contar con cultivos propios y dinero con qué comprar víveres y medicinas. Otra cosa es que deban contar con cultivos en varios lugares, dado su amplio radio de desplazamiento. A lo sumo, entonces, el fenómeno debe consistir, como declaran los colonos, en visitas ocasionales para pedir alimento y techo para una noche, mientras se desplazan. La seguridad misma de la guerrilla depende de su movilidad. “Si la guerrilla pasa uno les dice adiós, eso si pasa, cada año, cada dos años, uno no sabe dónde viven, ni cómo, ni dónde. Ni uno les pregunta, porque uno sabe cómo es esa vaina”. (p. 14).

El éxodo masivo de los colonos de El Pato es un esfuerzo extremo para obtener una definición de la identidad. Su lógica es implacable: el ejército no puede ser consecuente al darles salvoconductos y permitirles establecerse allí y luego darles el trato que se les da a los auxiliares de la guerrilla. El extremo del cinismo se comete cuando se les dan cursos de defensa civil, en los cuales se les pide ser informantes del ejército, y luego se les acusa de cómplices de la guerrilla.

Para las autoridades resulta embarazoso, por lo menos, el éxodo de El Pato. Demuestra que, en vez de ser factor de orden, el ejército provoca una estampida a su paso. Es también una denuncia contra la represión militar anterior. Cuando un coronel trató de detener la marcha en la carretera y preguntó a los primeros de la fila con voz airada: “Por qué se salen, ¿por qué?”, los campesinos, por boca del primero que le respondió, dijeron: “pues porque si nos quedamos nos matan, como siempre. Como al campesino lo catalogan de guerrillero, entonces vamos a ver qué es la cosa: si somos guerrilleros o auxiliares, entonces que nos torturen; si no somos, entonces que nos dejen trabajar. Así se lo dijimos al coronel”. (p. 27).

Los colonos señalan que el ejército quiso impedir la marcha y, basados en experiencias anteriores, atribuyen esta actitud al propósito de atacarlos como guerrilleros. "Pero ellos no querían que nosotros nos saliéramos para poder matarnos y entonces sí, presentarnos como guerrilleros muertos. Por eso no dejaban subir los buses que nos mandaron, porque querían que nos quedáramos". (p. 30).

No puede negarse que los colonos de El Pato tenían buenas razones para huir, y les debió parecer absurdo, como lo era, la petición del ejército de que se quedaran. Qué pensaría usted y sus vecinos si comienzan a bombardear la región donde habita, y si la fuerza pública, encima de eso, le pide a usted no temer nada y permanecer en su casa?

Los acontecimientos sociales se explican cuando se comprenden las decisiones que desencadenan fuerzas sociales, tomadas por actores que se fundan en percepciones, experiencias y temores concretos. Examinando los testimonios de los colonos se puede reconstruir la imagen que tiene el ejército y sus acciones. Parece fundamental captar bien esa imagen, porque se relaciona con dos problemas centrales: uno, tal imagen es resultado de la sedimentación de experiencias vividas personalmente y relatadas por otros. Debe observarse que el comportamiento humano está influido grandemente por la experiencia, y no solo por las señales que tipifican una situación dada.

La experiencia que los colonos tienen del ejército determina en gran medida sus reacciones frente a él. El ejército no aparece ante ellos como entidad abstracta, sino como tropas y oficiales que atemorizan indiscriminadamente, violando todas las reglas de convivencia aceptadas por la comunidad.

Una de las afirmaciones de Sofía, en el relato que se presenta, sintetiza bastante bien su apreciación del ejército:

"Porque en las partes de arriba, o entendimientos superiores, se calcula que en los campos no hay ciencias, que no hay conocimiento sino que todo es ignorancia, que todo es tramposo, y entonces meten al ejército...".

El ejército es entonces un desprecio, un castigo enviado por los que tienen el poder. Esta sanción tiene su fundamento

en un juicio falso sobre el campesino. Relieva Sofía un elemento: atribuir al campesino la ignorancia y la trampa. La ignorancia en un sentido que se puede deducir del contexto: el gobierno piensa que el campesino ignora sus derechos civiles y no sabe cómo denunciar y exigir.

La presencia del ejército tiene todas las características de un azote o plaga para la región; es un mal que lo invade todo y al que no vale ofrecer resistencia. "Ellos lo que mandan es la inquietud, lo que meten es el sufrimiento"

Relatando la estampida que provocó la entrada de las tropas en 1964, dice un colono: "Los que salieron para afuera, a unos los apresaron y a todos los humillaron y los que cogieron para adentro pues peor, porque la tropa tenía orden de disparar a todo lo que se moviera, y como uno no puede convertirse en piedra, en árbol, sino que sigue siendo cristiano, pues se mueve".

El hecho importante para determinar la experiencia, que da piso a la actitud de los colonos frente al ejército, es que los colonos piensen que éste cuando invade la región tiene orden de disparar a todo lo que se mueva. El riesgo para la vida de quien sea capturado es total. El miedo que provoca la tropa a los colonos de El Pato ha llegado al extremo de provocar casos de eutanasia, practicada por las madres contra sus hijos pequeños, como el que relata doña Sofía:

"Entonces la señora que le cuento llevaba a las espaldas un tontico, pero la tropa la apretaba, la apretaba, la apretaba mucho y *ella con miedo a que los fueran a coger vivos* echó el niño al río, lo ahogó... otros hicieron lo mismo...". (Subrayado mío).

Y qué sucedió con la rendición provocada por la Amnistía anterior?. Un colono relata: "que yo me recuerde esa gente que se enmontó se entregó en grupo y a la salida, rummm, los mataban. Que yo me diera de cuenta mataron a diez personas".

No puede menos que darse la razón al colono que expresó las aspiraciones de El Pato:

"Principalmente lo que queremos es que nos quite ese miedo de vivir por allá con el ejército. Ya no

nos pueden convencer ni queremos que el Gobierno tome otra solución fuera de quitarnos el ejército. Porque de qué otra manera nos van a asegurar que nos van a tratar bien?”.

La tensión entre los colonos es máxima ante la ocupación militar, hasta el punto de que para ellos no existe otra solución que la retirada total de las tropas.

El grado de engaño y confusión a que ha llegado el ejército en áreas militarizadas se expresa bien en esta denuncia de un colono de El Pato: “A los hombres los mostraban, así muertos, como guerrilleros; uno muerto, señor, no puede hablar. A las mujeres y a los niños, todos despedazados los mostraban como la gente que había matado la guerrilla. Mentiras, señor, si yo ví”.

Contrastan estas declaraciones, que muestran la verdadera historia campesina del país, con las que dió el entonces coronel Hernando Currea Cubides al anunciar la campaña de pacificación de Marquetalia, El Pato, Guayabero y Riochiquito, llamadas en esa época “repúblicas independientes”, dijo el coronel, en mensaje difundido por todos los medios de comunicación:

“No habrá feroz ofensiva. Será una acción adecuada para la integración racional de áreas donde no hay autoridades. Las fuerzas armadas llevarán estandarte de paz que represente los intereses nacionales. No habrá represión indiscriminada. Habrá voces de sosiego y de apaciguamiento de odios y temores injustificados. Nuestra espada será la justicia, nuestro escudo la Constitución Nacional”.

La victoria militar contra los campesinos de Marquetalia, Riochiquito, El Pato y Guayabero fue contundente en 1964. Los bombardeos a la población civil y la liquidación de hombres, mujeres y niños fueron, en ese año, ejemplarizantes en el país. El prestigio de las fuerzas armadas salió fortalecido, pues las bombas fueron invencibles. Los campesinos sobrevivientes fueron integrados a la nacionalidad. ¿Qué puede justificar entonces los bombardeos de Septiembre de 1980?.

La presentación de los colonos de El Pato ante la opinión pública no podía ser más distorsionada en 1964. Estas

imágenes persisten durante mucho tiempo, como lo demuestran los bombardeos de 1980.

En aquella época el cronista se refería a la región en estos términos:

“El Pato es una “república independiente”, aparentemente inexpugnable, en donde un grupo de fanáticos resueltos a todo esperan a las fuerzas armadas” (El Tiempo, Mayo 18 de 1964).

Se presenta a El Pato como una amenaza casi a nivel nacional:

“Frecuentemente los bandoleros de El Pato hacen incursiones a grandes distancias de su sede. En el Tolima, en el Norte del Huila, en Caldas, en el Cagare, actúan los hombres educados en El Pato. Dueños del secreto de las selvas, los bandidos recorren todo el país, siembran el terror, roban y matan y se refugian en su pequeña “república” (El Tiempo, Mayo 18/64).

Otras veces los voceros militares o la prensa decidían presentar a los campesinos como dominados por los bandoleros por medio del terror. Oscar Reyes y Richard adquirieron notoriedad y fueron objeto de las más fantásticas especulaciones.

“Inspirador y creador de la “república independiente” de El Pato fue el menudo, inteligente y sagaz Oscar Reyes. Reyes fue el único sobreviviente de una familia asesinada durante la época de la violencia, se lanzó a las armas a los doce años de edad”. (El Tiempo, Mayo 18/64).

Las entrevistas hechas a los colonos no dejan lugar a dudas sobre su origen. Se trata de campesinos desplazados por la violencia, en busca de paz, que provienen de algunas regiones bombardeadas y ocupadas militarmente entre 1950 y 1964. Algunos vienen de Marquetalia, otros de Planadas, Villarica, Riochiquito. Son las víctimas y testigos de la pacificación del país, y su origen, calificado como “república independiente”, legítima, a los ojos del Estado, la persecución desatada contra ellos.

Otra de las explicaciones dadas por la prensa es la de que los comunistas extendieron su influencia en la región y transformaron a los colonos en militantes marxistas.

“Y bien pronto, lo que era solo un pueblo de guerrilleros liberales, se convirtió en un centro de colonización marxista” (El Tiempo, Mayo 18/64).

Evidentemente se buscaba que, como ocurre realmente, la calificación de marxistas eximiera de responsabilidad al Estado por los atropellos cometidos contra la población civil.

La ola represiva general desatada a partir del robo de las armas oficiales en Bogotá en Enero de 1979 llegó también a El Pato, así como a las restantes regiones ocupadas militarmente. Las acciones terroristas son usadas como pretexto para cubrir bajo un manto de impunidad los atropellos que se cometen contra los campesinos, bajo el pretexto de combatir la subversión.

En esta ocasión se dió el argumento de que existía una pista de aterrizaje clandestina que usaba la guerrilla, en la finca Las Perlas. Los vecinos de El Pato desmienten la versión, contando cómo han conocido tal pista desde que la mandó construir su dueño, el Doctor Martiniano González, hace 20 años.

Conclusiones

El Pato es una región constituida originalmente como refugio de campesinos desplazados por la violencia oficial y del bandolerismo. Por la inseguridad de su vida, los colonos han aprendido a convivir y cooperar sin fricciones. No obstante, periódicamente sufren los efectos de una invasión militar, que parece más de carácter retaliatorio que estratégico. Las consecuencias sociales son de dos tipos: por una parte, los campesinos son víctimas de refinados mecanismos de intimidación, coincidentes con los que padecen otras zonas militarizadas.

El miedo continuo al ejército va minando la calidad de la vida. El miedo va conformando la experiencia colectiva, alimentada por atropellos y arbitrariedades y contribuye a for-

mar las actitudes que rigen el comportamiento de los colonos frente al ejército.

De otra parte, el terror como arma política tiene otro efecto: la inseguridad e inferioridad moral de los verdugos les acrecienta su miedo y desprecio hacia sus víctimas. Para calmar ese miedo se ven obligados a reprimir aún más espectacularmente, con la esperanza de acallar toda resistencia en sus víctimas.

Un caso notable de este fenómeno ocurrió hace solo dos meses, cuando capturaron al líder indiscutible de El Pato, Humberto Moncada, y lo torturaron, colgándolo de las manos por más de seis horas y luego sometándolo otras seis al "horno", cuarto hermético con calefacción eléctrica que puede elevarse hasta sofocar a la víctima. Pretendió con ésto el ejército intimidar a los colonos para que aceptaran pasivamente las maniobras militares de bombardeo y ametrallamiento de sus hogares.

Sin embargo, el segundo efecto del terror militar ha sido precisamente el de fortalecer las instituciones de solidaridad entre los colonos y templar su personalidad, hasta el punto de vencer el miedo a las tropas y, desafiando su ira, venir a Neiva a protestar contra los atropellos cometidos contra ellos.

Todo lo anterior, finalmente, nos ofrece elementos de juicio para juzgar el carácter mismo de la sociedad colombiana. Cuál es el precio, en términos de libertades y derechos humanos, que el país está dispuesto a pagar para garantizar el consenso político y la aceptación uniforme de la dominación?.

Tienen las fuerzas armadas el derecho de bombardear y ametrallar regiones campesinas?. No se respeta ninguna norma propia del derecho de guerra en cuanto al trato que debe darse a la población civil?. Y, acompañando lo anterior, puede la opinión pública permanecer desinformada o deliberadamente engañada por el ejército?.

Este trabajo pretende ser básicamente un vehículo de expresión de una realidad: la experiencia campesina de terror militar. Quisimos que predominara la voz de los mismos protagonistas, porque son quienes mejor explican su situación. Se podrá observar, en el testimonio de Sofía Espinosa, el alto

nivel de abstracción y la solida conciencia de los campesinos de El Pato, resultado de treinta años de lucha por vivir en paz.

La importancia de estudiar casos como este es creciente en el país. Sin que la mayoría de los colombianos se de cuenta, el país ha venido siendo invadido por un ejército de ocupación, que se convierte en la nueva autoridad, arrogante y torpe. Urabá, Magdalena Medio, Antioquia, Cauca, Caquetá y parte del Meta viven en algunas áreas sometidas al régimen que se acaba de estudiar. El desbordamiento o control de esta ocupación militar depende principalmente de la lucha democrática. Los colonos de El Pato han establecido con su marcha un precedente importante, que puede señalar un camino para protestas semejantes en otras regiones maltratadas por el ejército y el Estado colombianos.

Resulta oportuno contrastar la política del ejército con los colonos, ya que no se toma contacto con la guerrilla, con la forma como el Dr. Miguel Lleras Pizano, siendo magistrado de la Corte Suprema de Justicia, en foro sobre Justicia Militar en CINEP, veía la manera racional como se debería manejar el problema de las guerrillas:

“Se puede, con decretos y con Tribunales Militares, derrotar a las guerrillas? . No se puede, no es un problema jurídico, es un problema de saber dónde están las guerrillas y de acorralarlos y de capturarlos, ojalá no matarlos después de capturados, sino someterlos al juicio militar que, descubierto el delito, sus autores y sus víctimas no pueden ser mejor que el proceso penal común presidido por juristas especializados”. (Iglesia y Justicia Militar, *Contraversia No. 74*, CINEP, 1979).

El ejército colombiano, en vez de localizar a los guerrilleros, capturarlos si pueden y juzgarlos, ha optado como en la medicina medieval, por amputar el brazo al paciente, persiguiendo con bombas a los campesinos como estrategia contra-guerrillera. La historia está demostrando que, aunque pierdan sus animales y cosechas, los colonos de El Pato no van a dejarse perseguir esta vez. El suyo es un ejemplo de valor civil y patriotismo.